

añadió dándose un golpe en la frente. ¡Tengo un deseo! ¿por qué no salir de este retrete burlando su vigilancia? ¡mira, la noche está serena! ¡las aurasoplan mansamente! ¡llévame, Gaston mio, sobre el lomo de tu caballo, reclinada entre tus brazos, á través de esos campos al rayo de esa luna! ¡me sofocan los perfumes de que siempre me han rodeado, pesan sobre mí las cúpulas, me ahogan los muros! ¡Llévame, Gaston mio, sobre tu corcel! ¡que respire yo tu aliento, con las brisas impregnadas de aromas de los campos!

—¡Oh! ¡si aconteciese una desventura! observó Gaston.

—No, no, mi talisman te protegerá, dijo Schamsul-llemal desprendiéndose del collar y poniéndole en el cuello de Gaston. ¡Oh! que hermoso estás, amado mio; parecen luceros tus ojos, y una aureola de luz circunda tu frente. ¡Cuánto te amo!

Y en verdad que Gaston ataviado con las galas del rey, rodeado su cuello por el talisman, cubiertos sus rubios cabellos por el bonete de púrpura, adolescente casi, con semblante de niño y mirada de valiente, hubiera inspirado amor á otra menos dispuesta á amarle que Schamsul-llemal.

Y además de esto, apenas el collar estuvo prendido á su cuello, Gaston sintió un estremecimiento poderoso; parecióle que una llama ondulante rodeaba su cabeza y lamia sus formas, que luego se infiltraba á través de su piel, encendia su sangre y se concentraba en su corazon; sintióse mas fuerte, mas audaz, mas enamorado; asió á Schamsul-llemal por la cintura, la levantó del suelo como el viento levanta

ta una hoja seca, y salió con ella fuera del retrete, de la galería y del jardín; llegó al laurel, desató su caballo, puso sobre el arzon á Schamsul-llemal y cabalgó. Entonces la jóven rodeó su cintura, reclinó la cabeza en su hombro, y el caballo caracoleó relinchando alegre, corrió sin direccion abandonado asimismo, dilató las anchas nárices, sus largas crines se levantaron abriéndose como el penacho de una palmera; irguió el cuello, y se lanzó á la carrera atravesando la vega, saltando acequias, salvando vallados.

Y los cabellos de Schamsul-llemal, destrenzados enteramente por aquel violento empuje, envolvian la cabeza de Gaston, y su túnica crugia ondulando junto al almaizar del jóven, y sus manos se enlazaban estrechamente, y sus alientos se confundian.

Y allí, donde habia un arroyo murmurador, á la sombra de una acacia, bajo las estalácticas de una gruta, en las vertientes de la sierra, Schamsul-llemal hacia detener á Gaston, y se deslizaba con él del caballo, y loca de alegría lo llevaba corriendo á través de los bosques, ó en el seno de los valles, ó sobre la cumbre de los collados.

Y se sentaba fatigada, y tornaba á cabalgar, y decia á el jóven trémula de amor y de felicidad:

—¡Corre, Gaston mio, corre! ¡mas aprisa, que el viento mezcle mis cabellos con tus cabellos, y tu túnica con mi túnica! ¡corre, Gaston mio, corre!

Y el enamorado mancebo clavaba los acicates en el hijar del bruto, y este, como avergonzado de que hubiesen castigado su pereza, redoblaba su carrera, y corria sin saber adonde, suelta la rienda y cubierto de sudor.

Y así, ora recostados sobre el césped, ora conducidos por el caballo, pasaron una noche de amor y de locura, sobre aquellos campos en que se posaba sangriento y fatídico el espíritu de la guerra.

Al cabo la aurora orló con una blanca faja de luz la cumbre de las sierras; cantaron las aves en sus nidos, y un ruido sonoro se levantó en los lejanos confines como el hálito del hemisferio que despertaba sacudiendo el manto de la noche.

Granada empezaba á destacar sobre su cabeza de montes su corona de torres; y en las mezquitas de las aldeas, no incendiadas aun por los cristianos, los muedenes llamaban á la oracion de azobih.

Schamsul-Ilemal despertó tambien entre los brazos de Gaston, y le dijo sonriendo y suspirando á un tiempo:

—Amado mio, es preciso separarnos; conduceme á mi última cárcel.

—¿Y por qué no al real de mis reyes? repuso Gaston.

—Es preciso que se cumpla mi destino; contestó ella; conduceme.

Gaston, para quien eran leyes los deseos de Schamsul-Ilemal, colocola sobre el arzon, cabalgó, condújola en una carrera á la casa de la Azubia, y detuvo su caballo en el bosque de laureles.

Entonces se entreabrió el tapiz que cubria una ventana de la pequeña casa situada junto al camino, y asomó la cabeza de Sidy Alhamar, sombría y pálida por efecto de la velada, y clavó su vista en el grupo de los dos jóvenes.

Gaston estaba vuelto de espaldas; ella, á caballo

aun, mostraba su hermoso semblante vuelto hácia Gaston y sonriéndole, mientras desprendía de su cuello el talisman que colocaba en el suyo. Luego puso sus manos sobre los hombros del jóven y sostenida por él se deslizó hasta el suelo.

Gaston la sostuvo un momento entre sus brazos, inclinó su cabeza hasta el semblante que Schamsullemal le presentaba, y un doble y sonoro beso resonó entre los laureles.

Gaston la dejó en tierra, y ella se alejó ligera y vaporosa entre el bosquecillo de laureles, volvióse, saludó al jóven con la punta de su velo, y se perdió rodeando la cerca del jardin.

El capitan entonces se cubrió la cabeza con el capuz del almaizar, afianzó su pica, envolvió el caballo, y se lanzó á toda carrera en direccion al real de Santafé.

Entonces se abrió la puerta de la casa vecina á la de Muza, y salió el hombre del ropon negro velado el semblante con la toca amarilla, se detuvo un momento mirando al ginete que se alejaba, y murmuró:

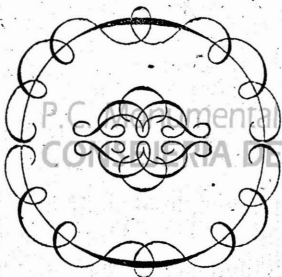
—Si, es el rey, reconozco su almaizar, su caballo y su pica. Por el Koram, Abou-Abdallah, que poco he de ser, ó he de pagarte á puñalada por beso.

Luego se acercó al sitio donde se habian despedido los dos jóvenes, cortó una hoja de laurel de la enramada que habia rozado con su túnica Schamsullemal, y tornando á la casa, salió poco despues de ella montado en un asno, y seguido de un alférez y diez almoravides que conducian sus caballos de la brida.

Cerróse la puerta por dentro, cabalaron los ginetes, y siguiendo al hombre del asno, entraron en Granada por Bib-Ataubin, cuando el sol se levantaba ya en los horizontes.



JUNTA DE ANDALUCÍA



P. G. Generalife de la Alhambra y Generalife
CORPORACIÓN DE CULTURA

XIV.

Y así pasaron una tras otra con aquella noche seis noches más.

Al trasmontar el sol de cada tarde anterior á ellas, el emir salía de Granada ginete en Samyel por Bib-Ataubin, y se dirigia á la Azubia.

Poco después, caballero en su asno, escoltado por el alferez y los diez almoravides, el hombre de la toca seguia paso á paso el mismo camino que habia tomado el emir á la carrera, y llegaba despues de oscurecido á la casa vecina á la de Muza, llamaba á su puerta y la puerta se abria.

Subia él á los retretes interiores, dejando en el

patio á los almoravides, que por cierto no dejaban de murmurar del rey por haberlos entregado al capricho de aquel astrólogo, que les hacia pasar sendas horas al sereno espuestos á los frios aires de la sierra, y lo que era peor, á las algaras de los cristianos que no cesaban de incendiar aldeas, matando á las cuadrillas de moros que por imprevision ó temeridad se aventuraban en la vega; pero el astrólogo sin cuidarse de hablillas se posesionaba de un agimez, y pasaba en el la noche, no consultando las estrellas segun creian los soñolientos almoravides, sino fijando la vista á través del bosque de laureles en la casa de Muza, donde se albergaba Schamsul-llemal.

Y aquellas cinco noches como la primera, Muza habia suplicado en vano á Schamsul-llemal, y se habia irritado tambien en vano, y al fin habia salido mas loco y mas triste de la casa; dejando tiempo y libertad á Schamsul-llemal para delirar en los brazos de su amado, de quien se despedia con un beso siempre al amanecer, volviendo loca y alegre á su retiro.

Y aquellas cinco alboradas como la primera el astrólogo habia creido reconocer en Gaston al rey, y habia cortado una nueva hoja en la enramada que habia rozado la túnica de Schamsul-llemal.

Y llegó la oracion de almagreb de la noche sétima, y Muza desesperado, demente, se levantó de su divan de pieles de tigre donde yacia postrado por la fiebre, abrió las arcas de su tesoro y sacó de él el cofrecillo de la sultana y el de ágata donde guardaba las siete hojas de laurel.

Sentóse en la alfombra y puso ante sí los cofrecillos.

Su mirada era insensata; una palidez enfermiza cubría su semblante; sus ojos se habían hundido, y en sus mejillas las lágrimas habían señalado un surco de fuego.

Abrió el cofrecillo de hierro y sacó el retrato; luego tomó el rizo de cabellos, le besó con emoción, guardóle en su seno, leyó lentamente una tras otra las cartas, púsolas con el retrato, cerró el cofrecillo de la sultana, y abrió el de ágata.

De sus labios salió un grito ahogado; el decreto del destino se cumplía; por cada vez que se había arrastrado á las plantas de Schamsul-llemal había perdido una hoja; de las siete solo quedaba una en el cofrecillo.

—Pues bien, á la lid, dijo recobrando en fuerza de su desesperacion la energía de su carácter; no caeré Muza sin luchar. ¡Hola! ¡Abd-el-Kerim!

Un momento despues apareció el katib á la puerta.

—Mi valiente anciano, le dijo Muza, haz venir á mis walies y arrayaces; que para mañana antes de el amanecer todos los peones y ginetes granadinos esten prontos fuera de las puertas de la ciudad que dan á la vega; que se avise al rey por si quiere cabalgar con nosotros empuñando su pendon real, y que se apresten cuatro tiros gruesos (1) para entrar en batalla. Mañana vamos á asaltar al enemigo dentro de sus reales.

La alegría brilló en los ojos del valiente Ad-el-Kerim.

—Y bien, emir, le dijo, tus órdenes serán cumplidas; asi te conceda Dios buena ventura.

(1) Cañones ó bombardas.

Y salió.

Muza se ciñó apresuradamente su arnés, tomó consigo el cofrecillo de hierro, montó en Samyel, salió de la Alhambra, y por la puerta de Bib-Ataubin se lanzó en la vega.

Como las seis tardes anteriores siguióles paso á paso el astrólogo escoltado de sus almoravides, y según su costumbre se puso á observar desde el agimez vecino la casa de Muza.

Este habia entrado en ella, y por la sétima vez, arrojado á los piés de Schamsul-llemal, le demandaba amor.

Por la sétima vez este amor fué negado con tanta mayor crueldad cuanto habia acrecido el de la jóven hácia Gaston.

—Pues bien, dijo Muza, mi plazo se ha cumplido y no me queda mas que morir. Mañana asaltaré los reales cristianos, y si no venzo Allah tendrá piedad de mí. Si muero, eres libre, Schamsul-llemal, la dijo Muza mirándola con los ojos, arrasados en lágrimas, y solo te pido que me pagues mi desdichado amor entregando este cofrecillo á la sultana Aixa.

—¡Mañana, señor! dijo Schamsul-llemal conmovida, impulsada por un sentimiento distinto del que le atribuyó el emir en su egoismo de enamorado. ¿Vas á entrar en batalla mañana con los cristianos?

—Sí, contestó Muza; pero Dios que es invencible peleará conmigo, y si triunfo ó sobrevivo yo mismo vendré á recogerte ese cofre. Toma.

Y entregó á Schamsul-llemal un pergamino en el que le daba la libertad como señor, á ella que era su esclava.

Schamsul-Ilemal fijó la vista en el suelo, y se dejó besar una mano en pago de la generosidad del emir, que salió con el alma desgarrada, cabalgó en Samyel y se tornó á la ciudad.

Schamsul-Ilemal quedó pensativa, llorosa, esperando á Gaston.

Al fin se oyeron pasos en la galeria y el jóven entró en el retrete.

—¡Ah! ¡Gaston mio! dijo Schamsul-Ilemal arrojándose á su cuello, mañana va á asaltar Muza el real de los cristianos.

—Y bien, dijo Gaston, ¿y qué hay de malo en eso? mediremos nuestras espadas y acabaremos de una vez.

—¡Pero si murieras! observó llorando Schamsul-Ilemal.

—¡Morir! ¿puedo acaso morir, amándome tú, sol de mi vida?

Un pensamiento luminoso, rápido como el relámpago, pasó por la mente de la jóven.

—No, no morirás, dijo con entusiasmo, arrollarás á tus enemigos como la hoz del segador arrolla las mieses, porque yo te haré invencible.

Y se despojó del talisman y lo ciñó al cuello de Gaston.

—Acéptalo, amado mio, por mi amor, le dijo ella; y cuando hayas vencido, vuelve, luz de mis ojos, para que no nos separemos mas.

—¿Y por qué no seguirme ahora? le dijo Gaston.

—No, no, dijo ella, aun no se ha cumplido mi destino. Vete.

Gaston la miró con asombro.

—Sí, vete, insistió ella, mañana es un día de batalla, y la noche media. Gaston, es necesario que cabalgues al frente de tus arcabuceros. Vete.

Gaston se arrojó en los brazos de Schamsul-Ilemal, y acompañado de ella llegó al laurel, desató el caballo, despidióse de la jóven con un beso, cabalgó y partió en direccion al real.

Apenas se habia perdido el rumor de la carrera del caballo, y en el momento en que Schamsul-Ilemal entraba en el retrete, abrióse la puerta de la casa vecina y salió el astrólogo, cortó la sétima hoja de laurel, tornó á la puerta de la casa, hizo una seña y los almoravides salieron.

—Seguidme, les dijo.

Los almoravides, tras de las pisadas del astrólogo, rodearon la cerca del jardin y llegaron al postigo.

—Forzad esa puerta, les dijo.

Los soldados metieron los cuantos de sus fuertes picas de roble bajo ella, y la desencajaron.

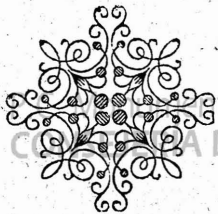
Al ruido los esclavos y los soldados de Muza, dormidos solo para Gaston por el poder de los hechizos, acudieron á la puerta y se trabó una lucha sangrienta; en tanto, el astrólogo subió presuroso la escalera, entró en el retrete de Schamsul-Ilemal, presentóse á ella, y se descubrió el semblante.

Schamsul-Ilemal, desamparada del talisman que la defendia antes de entregarle al capitan Gaston, dió un grito y se desmayó.

—¡Oh! ha llegado la hora, dijo el astrólogo, de vengarme de tí, del rey y del emir.

Y asió de la jóven, arrastróla consigo por las escaleras, bajó al jardin, y seguido de los almoravides

que habian desarmado á los esclavos y á los soldados de Muza, sacóla fuera , cabalgó con ella en su asno, tornóse á la torre de Bib-Atabin, y se encerró con Schamsul-Ilemal en el mas alto de sus aposentos.




Consejo de la Alhambra y Generalif
COMISIÓN DE CULTURA

El presente es un libro de la serie de libros de la Alhambra y Generalif, que se publica en colaboración con el Consejo de la Alhambra y Generalif y la Comisión de Cultura. El libro es el resultado de un trabajo de investigación y de un estudio de los datos que se han reunido en el transcurso de los años. El libro es el resultado de un trabajo de investigación y de un estudio de los datos que se han reunido en el transcurso de los años. El libro es el resultado de un trabajo de investigación y de un estudio de los datos que se han reunido en el transcurso de los años.

XV.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



Al amanecer de aquel día Granada despertó al ruido de las armas y de los atabales; escuadrones cerrados de ginetes y peones estaban en forma de batalla delante de las puertas que dan á la vega, y los muedes llamaban á los fieles, no como usualmente á la oracion, sino al combate.

Y eran de ver los vistosos colores de aquella multitud de banderas, los penachos de los caballos, las galas de walies y arrayaces, la autoridad de los xeqes que ordenaban las haces y el lucido escuadron de almogawares que salieron en pos de Muza, á quien ro-

deaban sus walies por la puerta de Bib-al-Malek (1).

Su estandarte rojo, conducido por su alferez, flotaba orgulloso, manchado con la sangre de cien victorias, y sus walies Naim-Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide auguraban un triunfo seguro en lo centelleante de su traje, y en lo galano de su apostura.

Cabalgaba el emir en Samyel, ricamente encubertado sobre sus arnés de batalla, con gualdrapas de escaurlata; sus armas, su sobrevesta y su alquicel eran las unas doradas, las otras de brocado de oro sobre fondo verde; en su almete ondulaba al viento un airon amarillo en señal de venganza, sujeto con un joyel de esmeraldas y diamantes; en su broquel se leía en caracteres cúficos este mote: *Por ella y por mi esperanza*; y en su diestra, á pesar de que una idea siniestra le hacia enojosa la memoria de Gaston de Vargas, blandía la fuerte pica de batalla del jóven.

Nada revelaba en el semblante del emir la desesperacion de su alma; su expresion era como siempre serena, majestuosa, llena de la fuerza de voluntad que llevaba con confianza sus soldados al combate; se hallaba en todas partes, atendia á todo, todo lo prevenia, y sin embargo un infierno de celos y desesperacion torturaban su espíritu, y un presagio terrible le helaba de espanto.

Del cofrecillo de ágata habia desaparecido la última hoja del laurel de los Siete Siglos.

Dominóse á pesar de todo, y el ejército granadino empezó á desfilarse en muestra delante del, sin que uno solo de sus soldados viese en su semblante otra

(1) *Puerta del Rey, hoy puerta Real.*

cosa que la serenidad de un caudillo para quien un combate era una fiesta de armas. Y pasó ante él Reduan el valiente, ginete en un potro del Atlas, vestido á la africana, al frente de un escuadrón de mil lanzas zenetes; luego el anciano Ebn-Comija mandando, á pesar de sus años, otro escuadrón de mazas y gazules; el feroz Ali-Atar cubierta la armadura con una piel de león cazado por él en los linderos del gran Zahara; Atmet-Ebn-Zerah, con un reducido número de leales abencerrajes fieles á su patria; y á Ali-Dordux, caballero de gran prez y alcurnia, llevando el estandarte de los masamudes y otros cien caballeros de fama al frente de las tribus.

Y fueron los que pasaron en muestra, en treinta banderas, diez mil caballos, sin contar los almogavares, alfaraces y almoravides que llevaba consigo el emir; é innumerable el número de peones y gente menuda que salieron contra el enemigo.

El día avanzaba; Muza ordenó sus escuadrones, hizo tocar la zambra, atronaron el aire las trompetas y atabales, y se movió el campo en buen orden, al grito de:

—¡Le galib ile Allah! (1).

Por su parte los cristianos, avisados por Gaston, no habían reposado.

Su innumerable caballería y su peonaje, cubrían la vega, que no parecía sino que estaba cortada por una línea de hombres.

Mandaba la caballería Gonzalo Fernández del Cór-

(1) *Solo Dios es vencedor!*

doba, el ala izquierda de la batalla el marqués de Cádiz y la derecha el conde de Cabra.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, ginete en el caballo árabe que le donó Muza, ceñido el jaco y embrazado el broquel, atendía á todo llevando consigo á Gaston, fiero y radiante, sobre un poderoso caballo de batalla, cubiertas las armas con el hábito de Santiago y blandiendo la pica real que debia á la amistad de Muza. Y por do quiera que se dirijia la vista se encontraban valientes caballeros: por que asistian allí, Hernando del Pulgar el de las Hazañas y Garcilaso de la Vega, que aun tenia la espada roja con la sangre de Tarfe; y el alcaide de los Donceles de Córdoba, y el conde Ureña, con don Alonso de Aguilar y otros ciento, todos de los mas nobles solares.

Y se aproximaban lentamente uno á otro los dos ejércitos, y los muros de Santafé, asi como los de Granada, estaban cubiertos de muchedumbre de curiosos, de mujeres y de ancianos que con el alma suspensa esperaban la arremetida.

En tanto, en la torre de la alcazaba el rey Abou-Abdallah contemplaba los ejércitos enemigos avanzando en buen orden, con la misma indiferencia que si asistiese á un torneo.

Al fin los ginetes de entrambas partes agujaron sus caballos, espesos remolinos de polvo cubrieron la batalla, y al grito de *¡Santiago y cierra España!* por los cristianos, y al ronco clamor de guerra de los musulimes, al son de las trompetas y de los tambores, con las lanzas bajas y las adargas al pecho, cerraron los dos ejércitos, y la tierra tembló bajo los piés de los caballos, y el fragor del choque retumbó en los leja-

nos horizontes como si se hubiesen encontrado dos montañas de hierro.

Y al principio todo fué confusión, alaridos, torbellinos de polvo y humo; cayeron los más débiles lanzados de los arzones, rompieron las picas los más esforzados, cubrióse la tierra de adargas y armas rotas, y sobre todo esto escuchóse el seco estampido de las bombardas y las descargas de la arcabuceria.

Y luego los ginetes se arremolinaron y volvieron á tomar campo, y se embistieron de nuevo, y resonaban las espadas sobre los arneses en un martilleo redoblado, estridente, infinito.

Muza se revolvía como un león furioso: donde tiraba un bote de lanza caía un enemigo: donde tornaba la vista, se posaba la muerte.

Y Reduan Venegas, rota la lanza, tenía en su alrededor más cadáveres que astillas hace el hacha del leñador, y el feroz Alí-Atar era un rayo que llevaba por delante cuanto encontraba á su paso.

Y todos aquel día fueron buenos caballeros, y no es de contar cuanto el conde de Cabra hendió de yelmos, ni cuantos enemigos tendió el duque del Infantado, y los otros valientes capitanes.

Pero Gastón de Vargas fué fatal al Islam; protegido por el talisman mágico de Schamsul-Ilemal, se lanzó como un huracán sobre los peones musulimes al frente de sus arcabuceros, y al primer choque, aterrados por la terrible pica del capitán que parecía herir por sí sola, envueltos por la infantería cristiana, huyéron desvandados hácia la ciudad, sin que pudiese contenerlos el bravo Abd-el-Kerim, ni la vergüenza de la fuga, ni el ejemplo de los ginetes que

se median con un valor desesperado en el corazón de la batalla, sin perder un palmo de terreno.

Pero la fuga de los peones fué contagiosa: arrastraron tras sí á la caballería, dejaron las banderas, la artillería y las armas arrojadas por tierra á los cristianos, y Muza, como león herido, sosteniéndose hasta el último trance, vióse obligado al fin á retirarse y entró bramando de coraje en Granada, jurando por Allah no tornar al campo con la infantería.

Día terrible y de maldición fué aquel para los musulimes, de ventura y contento para los cristianos.

Las armas del Islam fueron pisadas por sus caballos; sus escuadrones llevaron á lanzadas á los musulimes hasta encerrarlos en la ciudad, les tomaron sus torres de atalaya, y las espadas de Fernando de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garcilaso, de los condes de Cabra y de Tendilla, y otros ilustres capitanes se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras.

Un solo hombre, mirando el combate desde las torres de la Alhambra, se habia estremecido de alegría por la rota de Muza, en que iba envuelta la ruina de su patria.

Aquel hombre era el infante Sidy Alhamar; teñido el rostro de color cobrizo, desfigurado por una barba sobrepuesta, cubierta la cabeza por una toca amarilla y el cuerpo por un ropon negro.

Junto á él, Abdallah el Zogoibi temblaba de vergüenza y de indignación: el polvo que levantaban huyendo sus escuadrones le daba en la cara impregnado de sangre.

—Quiero saber mi horóscopo, dijo reparando en

el infante Sidy Alhamar y volviéndose á él en un movimiento desesperado.

—Lo sabrás, rey, dijo conteniendo su feroz alegría el infante, pero para eso es necesario que vayas solo y encubierto una hora despues de la oracion de almogreb, al aposento que me has otorgado en la torre de Bib-Ataubin.

Abou-Abdallah miró con estrañeza al infante, pero al fin dijo.

—¡Iré!

El infante se perdió por las revueltas escaleras de la torre, mientras el rey triste, con el corazon desgarrado, fijaba la vista en la vega donde quedaba tendida la flor de sus caballeros.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA



XVI.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Granada sintió el golpe de aquella rota en medio del corazón, y calló con el silencio del terror que precede á la muerte.

Vió entrar desvandados, cubiertos de sangre y polvo aquellos valientes escuadrones, en quienes habia fijado una mirada llena de esperanzas al verles salir aquella alborada, con las banderas tendidas, los rostros alegres y cubiertos de galas como en los buenos dias de Granada.

Cerráronse las puertas temerosos del enemigo que habia llegado hasta ellas, hiriendo en las turbas y dejando tras sí un largo rastro de cadáveres.

Pareció que el sol, horrorizado de tanta sangre, apartaba su vista de la ciudad desventurada, y se velaba con un manto de turbios vapores; las nubes encapotaron el cielo, las calles quedan desiertas, y un silencio de muerte se apoderó de la ciudad vencida, que esperaba de un momento á otro ver forzados sus fuertes, ó escalados sus muros por el conquistador.

En los adarves, sombríos, silenciosos, apoyados en sus picas, atentos á los movimientos del enemigo, se tendian desesperados los restos del ejército granadino, mientras escuadrones enteros rondaban las calles, ó esperaban al pié de los caballos en las plazas y tras las puertas mas espuestas á la embestida de los cristianos.

El rey se habia encerrado en su alcázar, y en vano Jucef-Ebn-Egas, ilustre caballero y gran privado suyo, y su visir Ebn-Comija, anciano respetable en Granada, pretendieron llegar hasta él. La vergüenza encendia su rostro, el despecho y la rabia desgarraban su alma, y solo, sin tomar alimento, pasó la tarde, que por cierto habia sido nublada y lluviosa, como si el cielo hubiese tomado parte en el llanto de Granada, y vino la noche, oscura, triste, medrosa, deslizandose en largas y silvadoras ráfagas el gemido del viento precursor de la tempestad entre los torreones de la Alhambra.

El rey se vistió un traje oscuro, acomodado á la tristeza de su alma, se ciñó su mal aventurada espada, envolvióse en un albornoz africano, y abriendo un pequeño postigo del patio de los Leones, salió solo, recatándose como un malhechor, á través de una mi-

na al cerro de Al-Baul (1), bajó las pendientes cuestas que conducen al campo de Abulnest (2), deslizóse junto á las torres de Al-Qars-al-Nomsara (3), y perdido en la sombra de un estrecho callejon de la muralla, se dirigió al castillo de Bib-Ataubin, sin que un solo viviente lo hubiese encontrado en el camino.

La oscuridad era densísima; el silencio profundo; aunque turbado á veces por la voz de alerta de los atalayas; ni una luz brillaba en los cerrados agimenes; las calles estaban perdidas en una sombría penumbra.

Solamente á través de una saetera abierta en lo mas alto de la torre que guardaba la puerta de Bib-Ataubin, se percibia un resplandor opaco, indeciso, fatídico.

En el aposento mas alto de la torre á que aquella saetera correspondia, bajo sus pesadas y ennegrecidas bóvedas, velaba un hombre.

Era el astrólogo de la toca amarilla, el del semblante teñido de color cobrizo y desfigurado por una barba larga y blanquísima; era el infante Sidy Alhamar, que esperaba envuelto en el misterio de la traicion, el momento de saciar una venganza terrible, heredada por su madre, y alentada por la ambicion de su hermano.

Sentado sobre sus rodillas en una alfombra, teniendo ante sí un cuadrante, sobre el que estaba arrojado un compás de hierro, al reflejo de una lámpara co-

(1) *Hoy de los Mártires.*

(2) *Conocido por Campo del Principe.*

(3) *Se le conoce por Cuarto Real en la huerta del convento de santo Domingo.*

locada en un nicho de la pared, que apenas bastaba á romper las masas de sombras recortadas débilmente por su luz, Sidy Alhamar, sombrío, amenazador, escuchaba con una atencion impaciente, desde el punto en que la sombra venciendo al crepúsculo, se habia enseñoreado del espacio.

De tiempo en tiempo se levantaba, tomaba la lámpara y llegaba á un ángulo de la torre, donde sobre un divan, sumergida en un profundo letargo, estaba tendida una mujer.

Aquella mujer era Schamsul-llemal.

Su hermoso semblante estaba blanco y pálido como una azucena marchita; su desordenada y rasgada túnica, parecía rebelar que una lucha desesperada habia precedido al estado de sopor en que se hallaba, y á través de sus entre abiertos labios apenas se percibia su débil y penosa respiracion, sin la cual se la hubiera podido creer un cadáver; tal era su palidez y su inmovilidad.

Sidy Alhamar ponía la mano sobre su pecho, y luego aplicaba á su nariz un pomo de oro; Schamsul-llemal se estremecía imperceptiblemente, y tornaba á recaer en su letargo.

Después de esto, Sidy Alhamar ponía la lámpara en su nicho, acercábase á un agimez, le abría y escuchaba con atencion, procurando penetrar con sus miradas hasta el oscuro fondo del callejon, situado al pié de la torre, y desde el cual una escalera conducía á las almenas del adarve, elevado á la altura del aposento en que moraba.

Por aquella parte no habia atalayas ni escuchas; parecia que todo ayudaba á la traicion.

Una de estas veces oyóse lento ruido de pasos al pié de la torre, luego en la escalera de la muralla, percibiéronse despues mas cercanos en el adarve, y un golpe recatado sonó al fin en la puerta que por este lado daba entrada al aposento donde esperaba Sidy Alhamar.

Este se estremeció en un movimiento de feroz alegría, acercóse silenciosamente al divan donde dormia Schamsul-Ilemal, la cubrió con un alquicel, sacó de debajo del divan el cofrecillo de hierro que habia encontrado junto á la jóven en el alcázar de la Azubia, y la faja por la cual Muza habia descolgado á Schamsul-Ilemal la noche que la arrancó de su poder, y colocó ambos objetos en el centro de la alfombra junto al cuadrante.

Entre tanto el que llamaba á la puerta repitió por tres veces y sucesivamente con mas fuerza los golpes.

Sidy Alhamar abrió recatadamente el postigo, entró un hombre, y tornó á cerrarse su estrecha puerta con dobles cerrojos.

Detúvose el hombre que habia entrado: era el rey Abou-Abdallah el Zogoibi.

Sobre su semblante pálido estaba pintada una vaga espresion de terror; sus labios temblaban, y sus ojos recelosos escudriñaban hasta los mas recónditos senos de la torre.

—¿Estamos solos? dijo asiendo con una mano crispada la hopalanda de Sidy Alhamar y mirándole con ojos estraviados.

—Si, señor, contestó el infante, tan solos que difícil sería se nos escuchase aun cuando hablásemos á grito herido.

—¿Tienes preparado mi horóscopo? dijo el rey tomando una alkatifa y sentándose fatigado.

—Si señor, le respondió Sidy Alhamar; durante siete dias he consultado sobre este cuadrante tu horóscopo, rey, y estos tres objetos son los que representan tu destino.

Y sacó de entre sus ropas un paño de seda que colocó entre la faja y el cofrecillo.

—¿Y qué significa esto? le preguntó Abou-Abdallah.

—Este cofrecillo y esta faja, rey, contestó el infante, son prendas de una mujer adúltera.

Sidy Alhamar posó su mirada en el semblante del rey, y le vió temblar y palidecer.

—Estas siete hojas de laurel, añadió el infante desdoblado el paño de seda donde estaban guardadas y mostrándolas á Abou-Abdallah; son otras tantas hojas de puñal: míralas bien, rey; cada una de ellas representa un agravio, y se pueden contar por su orden segun están de marchitas; esta, seca y agostada, es la primera; esta la última: está verde y lozana, pero destila sangre.

—¿Con quién crees hablar, esclavo? dijo el rey levantándose arrastrado por su carácter iracundo; ¿por quién es ese funesto amago de puñales y sangre?

—Por tí, rey; has venido á consultarme tu horóscopo y lo sabrás; no soy yo, es tu destino el que te habla; sino tienes valor, vete.

Y el infante miró sombriamente al rey cuyos labios temblaban de cólera.

—Sigue, dijo reprimiéndose.

—¡Oh! sí, seguiré; pero asienta, rey, porque lo que vas á oír es una historia larga y funesta.

Abou-Abdallah, se sentó maquinalmente, y fijó su recelosa mirada de leon en el infante.

—¿Me conoces? dijo éste.

—Sí, tú eres un sabio africano, contestó el rey, que un dia me demandaste una gracia por medio de mi madre la sultana Aixa; dijíste me que te importaba vivir oculto, y me ofreciste leer mi destino y el de mi pueblo en las estrellas si te concedia un castillo real por morada, y una guarda de almoravides; he aquí todo lo que sé de tí; has llegado hasta mí algunas veces, te he preguntado, y me has dicho, calla y espera. Nadie ha sabido tu existencia, he esperado, moras en el castillo, y te asiste la guarda, el rey ha cumplido por su parte, falta ahora que el astrólogo cumpla por la suya.

—Noches enteras y apenadoras, dijo Sidy Alhamar con mal disimulada amargura, he pasado á la luz de las estrellas; dias sombríos me han visto sobre este cuadrante, y al fin, rey, voy á mostrarte tu destino; escucha.

Sidy Alhamar calló un momento, y luego con voz lenta y acentuada, prosiguió:

—Hace veinte años, rey, que Martos, villa fronteriza entre Jaen y Granada, tenia por alcaide á un señor de Castilla llamado el comendador Sancho Jimenez de Solís.

El infante miró atentamente el semblante del rey, pero ninguna expresion nueva vino á alterar le.

Y este Sancho Jimenez de Solís, prosiguió el infante, tenia una hija hermosa y doncella en el castillo de Martos, llamada entre los cristianos Isabel y mas tarde Fátima *Zoraya*, sultana de Granada.

—¡Mientes! gritó el rey, lanzando una sombría mirada al infante, en Granada no ha habido mas sultana que Fátima Aixa, la madre del rey Mohamet-Abou-Abdallah.

Sidy Alhamar continuó impasible, cual si no hubiese escuchado la réplica del rey.

—Y esta doncella llegó á la edad del amor, y su padre concertó su casamiento con otro caballero cristiano, y se hicieron las vistas en el castillo con grande alegría de juegos y danzas; pero como todo es perecedero y engañoso en el mundo, hizo Allah que rotas las treguas que tenia ajustadas con los cristianos el rey Abou'l-Hassan, sus arrayaces cabalgasen las fronteras adelante, y una noche, cuando todo era contento en el castillo de Martos, le entraron á saco los musulimes, dieron muerte al comendador y á los suyos, y cautivaron á Isabel que fué conducida á Granada.

El rey escuchaba visiblemente contrariado al infante.

La cautiva, continuó este, fué vista por el rey, y tal era su hermosura que Abou'l-Hassan sintió por ella un amor invencible, y la ofreció su lecho y su corona.

Pero el rey tenia por mujer á la sultana Aixa, nieta del rey Alhaizary (1), princesa de carácter violento, prima suya, que se habia unido á él sin amarle, y le habia dado un hijo, que eres tú, rey, tú Abdallah á quien llama el pueblo el *Zogoibi*.

(1) *El Izquierdo.*

Y el rey Abou'l-Hassan, escitado por su amor, repudió á Aixa, y se unió á la cautiva cristiana, y la llamó *Zoraya* por su gran hermosura.

Abou-Abdallah, herido en su madre, atajó en este punto el relato del infante.

—¡Por Allah, traidor, villano! le dijo; ¿quién te ha revelado mi historia? ¿quién eres tú que así me echas en cara las faltas de mi padre?

—Te habla por mí tu destino, rey, contestó sombrero Sidy Alhamar, y necesario será que te armes de sufrimiento, porque aun te quedan cosas horribles que oír.

Era necesaria toda la supersticion de Abou-Abdallah para contener su enojo; resignóse al fin, y el infante siguió.

—Aixa supo con furor el casamiento del rey, y juró vengarse, hiriéndole primero en su honor, luego en su amor. Y en cuanto á lo primero no tardó en cumplir su juramento.

Moraba entonces en Granada un caballero castellano llamado don Diego Fernandez de Córdoba, grande amigo del rey Abou'l-Hassan, y en él puso su vista la sultana; ella era hermosa, él jóven y enamorado.

Retirada la sultana en su alcázar del Gallo de Viento; encerrado el rey en su harem de la Alhambra entre los brazos de Zoraya, tiempo hubo y ocasion bastante para que, manchando su mentido nombre de la Horra (*Honesta*), abriese los brazos al traidor castellano, arrojando una mancha de adulterio sobre la frente de su señor el rey Abou'l-Hassan.

Sidy Alhamar se habia atrevido á pronunciar estas palabras bajo la influencia de la terrible mirada

del rey, fija en sus ojos amenazadora, sombría, centelleante.

—¡Mientes! gritó furioso Abou-Abdallah lanzándose al infante.

—Aquí están las pruebas, contestó este poniendo la mano sobre el cofrecillo de hierro.

El rey, contenido por su propio furor, le arrancó de las manos de Sidy Alhamar, contempló ávidamente los blasones grabados en su tapa, la arrojó contra el muro, y se lanzó sobre el retrato y los pergaminos que rodaron de él.

—¡Un cristiano! exclamó, ¡por Allah que esta horrible impostura ha de producir torrentes de sangre! ¡por Eblis! añadió devorando el contenido de los pergaminos; ¡palabras y juramentos de amor! ¡y esta es la escritura de la sultana! ¡de mi madre! ¡de la esposa del rey Abou'l-Hassan!

No había lugar á dudar; las pruebas del adulterio eran claras, precisas; Sidy Alhamar sonreía ferozmente, empezando á gustar su venganza; el rey se había dejado caer sobre la alkatifa, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Mas pruebas! dijo al fin encerrando en su alma toda la amargura que aquella revelación le había causado, en su amor de hijo y en su honor de rey; mas pruebas.

Sidy Alhamar devoró su feroz alegría, y añadió:

—De aquel torpe amor, perdido en las sombras del misterio, nació una hija; esa hija está aquí.

Y fué al nicho y tomó la lámpara, y luego llegó al divan, levantó el alquicel, y mostró al rey la jóven aletargada.

Abou-Abdallah, tembló al reconocerla, la amaba como todos los que tenían la mala ventura de ver sus ojos, y olvidándose de todo, exclamó: — ¡Muerta!!!

—No, rey, vive, contestó Sidy Alhamar; pero he preferido que el beleño cierre sus párpados, á que hubiera podido oír revelaciones que solo deben existir entre el destino y tú.

El rey se inclinó sobre la jóven, la tomó una mano, y exclamó conmovido:

— ¡Oh! ¡señor Allah! ¡era mi hermana!

—Sí, contéplala bien, rey, observó el infante. Es la misma frente de tu madre, su misma espresion; su semblante entero però mas bello, por que es mas jóven, y por que es fruto de un amor inmenso, sin igual, ardiente como el sol africano.

El rey hizo un esfuerzo, se separó del divan donde dormía Schamsul-Ilemal, y dijo al infante:

—Acaba de una vez, hechicero, porque tus palabras son puñales, y quiero beber de un solo trago el tósigo de mi destino.

—Esa niña creció cuatro años oculta en el misterio de los recónditos retretes del alcázar de Aixa; pero llegó un dia en que una esclava, sabedora del secreto y del sitio donde encerraba sus recuerdos de amor Aixa, cruelmente castigada por ella, encontró el medio de huir, corrió á la Alhambra y todo lo reveló á Zoraya.

Los celos, los insultos, el odio que mediaban entre la sultana repudiada y la esposa querida, hacian temer á Zoraya una traicion de parte de Aixa, y quiso tener rehenes seguras.

Una noche en que las tinieblas cubrían á Granada, y en que la tempestad violaba sobre ella, dos *monjes* (1) guiados por la esclava, conducidos por una puerta del alcázar guardada por gentes compradas con oro de Zoraya, entraron en el retrete donde dormía la niña, y la robaron.

Cuando Zoraya la tuvo en su poder, llamó su atención la riqueza de esta faja en que iba envuelta, dijo Sidy Alhamar desdoblando la que estaba sobre la alfombra, prenda riquísima de seda y oro, y la mostró al rey por uno de sus extremos.

—Mira; aquí están los blasones de don Diego Fernandez de Córdoba, esta faja, mandada fabricar por él en Damasco, es una prenda de amor; mira estos caracteres, también revelan amor, y aquí está el nombre de Aixa. ¿Quiéres mas pruebas?

El rey no contestó.

—Pues bien, esa niña creció envuelta en otro profundísimo misterio; guardada por Zoraya, era una prenda de venganza; pero fué descubierto su asilo por Muza, robada dél, y entregada á tu amor, amor incestuoso, impuro como tu existencia y como tu destino.

—¡Yo! ¡yo! gritó el rey levantándose y mirando asombrado al infante.

—Si; yo te he visto, rey, salir cada alborada de entre un bosque de laureles en la villa de la Azūbia, y despedirte de ella con un beso, yo he cortado cada una de esas alboradas una hoja de laurel del sitio donde rozaba al separarse de tí la túnica de Scham-

(1) *Ladrones, malhechores.*

sul-llemal, y son siete ; cuéntalas ; siete dias de celos y de rabia que equivalen á siete siglos de penas.

— ¡Mientes! exclamó el rey, yo no he tocado los labios de esa mujer, ni mi túnica ha pasado junto á la suya.

— No, dijo próximo á estallar en su venganza Sidy Alhamar, yo he visto tu alazan árabe, tu almaizar de escarla, tu bonete de brocado y tu lanza de ébano.

— El rey se dió un golpe en la frente, como aquel ante quien se descorre el velo de un misterio.

— Mi alazan árabe, el que fué enviado como presente por Muza al real de los cristianos ; mi almaizar y mi bonete que yo entregué á un castellano amigo de Muza el dia del motin de la plaza Nueva ; Oh ! y ese hombre es amado por ella!

— El rey se abismó en su pensamiento ; Sidy Alhamar tembló de indignacion.

— El castellano amigo de Muza, dijo, el capitan Gaston de Vargas, el causante del robo de Schamsul-llemal ; Oh ! es imposible ; ¡ mientes ! ¡ tú eres el miserable, el incestuoso, el traidor, y el destino te ha puesto en mis manos, y vas á morir, por que ese es tu horóscopo !

Y Sidy Alhamar se arrancó las barbas, la toca y la hopalanda, y apareció joven, fuerte, enérgico ante el rey con el puñal en la mano.

— ¡ Por los Siete Durmientes ! ¡ traidor ! exclamó el rey reconociendole y echando mano á su espada, que eres una serpiente astuta y miserable como tu madre ; ¡ a mí ! gritó corriendo al agimez ; ¡ a mí ! al rey Abou-Abdallah !

—¡Sí, grita cuanto quieras, exclamó Sidy Alhamar, eso no impedirá que mueras á mis manos!

Y cerró con el rey, asiendo de una adarga que al acaso halló con otras armas hacinadas en un ángulo del aposento, defendiéndose de la espada de Abdallah, acosándole hasta el muro, porque era mas fuerte y mas ágil que él, y levantando el puñal con los ojos inyectados de sangre y la boca espumante como un lobo rabioso.

El rey tuvo miedo; acordose de su abuelo Ebn-Ismael asesinado á las puertas de su alcázar por los amores de una esclava; parecióle que los oscuros muros destilaban sangre, tembló tránsido de frio, y debilitado por uno de sus accesos insensatos, soltó la espada, y cayó de rodillas invocando á Allah junto al divan donde dormia Schamsul-Ilemal.

En aquel momento, cuando ya el ojo sangriento de Sidy Alhamar media un sitio en el pecho del rey para hundir en él su puñal, oyóse en el muro un ruido atronador, abrióse de golpe la puerta de Bib-Ataubin y un momento despues saltaron los cerrojos del postigo del aposento.

El infante, por un movimiento involuntario, volvió la faz hácia el postigo, y la sangre se heló en sus venas; creyó que el rey se habia duplicado: en el oscuro fondo del aposento se destacaban las formas de un hombre armado con un arnés moruno, y cubierta la cabeza con el cápuz de un almaizar de escarlata: en sus manos lucia un alfanje desnudo y su talante era amenazador y sombrío.

Ademas de esto, se oian en la escalera del muro pasos de soldados ya muy cercanos.

Sidy Alhamar se creyó por un momento en poder de Eblis; su mano abandonó el puñal, y sus rodillas flaquearon.

El hombre del almaizar avanzaba entretanto hacia él con la espada desnuda.

De repente Sidy Alhamar se repuso, dióle fuerzas el terror, avalanzóse al agimez, dió un salto terrible, cayó en el adarve, deslizóse por las escaleras, y ganando la puerta del muro, se lanzó en la vega, á tiempo que el aposento se inundaba de almoravides á cuya cabeza venia el valiente Reduan Venegas.

El rey en tanto habia reconocido á Gaston de Vargas, por que era él el hombre del almaizar, habia recobrado su espada, y cuando entraron los almoravides pudo salir á su encuentro, sino sereno al menos con la dignidad de rey de que sabia revestirse ante sus vasallos.

—Castellano, dijo tendiendo su mano á Gaston, que habia desembarazado su frente del capuz, tu horóscopo te hace el salvador de tus enemigos; no ha mucho tiempo defendiste la vida del emir en la vega, ahora la del rey en Granada; qué Dios te proteja!

Y luego tornándose al alcaide, exclamó: ¡Mi valiente Reduan! ¡pronto! ¡vuela! ¡que tus ginetes se estienda por la vega y tus peones por la ciudad! ¡apredadme á ese traidor infiel que ha estado á punto de asesinarme!

—El astrólogo! ¡señor! exclamó Reduan.

—Sí, pero volad, contestó el rey con indescribible imperio.

El, Gaston y Schamsul-llemal quedaron solos en la torre.

—¿Quién te ha traído aquí? dijo el rey á Gaston.

—Ella, señor, y este talisman. Y mostró al rey el joyel de perlas.

—Pues bien, hela ahí, dijo el rey recogiendo el retrato, las cartas, la faja y el cofrecito; esto es mio, y pues la suerte os á unido, ella es tuya.

Y levantó el alquicel que ocultaba á la jóven.

—¡Muerta! exclamó Gaston, engañado por la inmovilidad y palidez de Schamsul-llemal.

—No, dijo el rey; aletargada solamente; llévatela, y si alguna vez conoces su origen, aprecia en lo que vale el don con que premia tu ayuda el rey de Granada; vete.

Gaston no contestó; asíó á la jóven, cuyo letargò no habiendo sido estimulado de nuevo por el pomo de Siddy Alhamar, empezaba á ceder, la tomó en sus brazos, salió al adarve, bajó las escaleras del muro, y cabalgó; luego, á pesar de los guardas, protegido por el talisman de Schamsul-llemal, salió como habia entrado arrojándolo todo ante su paso y se lanzó en la vega, mientras el rey, pensativo, fascinado, con el corazón transido de amargura, quedaba en aquel sombrío aposento, donde la traicion le habia encerrado y donde habia encontrado su salvacion por los amores de una hermana, hija de la vergüenza y del adulterio.

Salió de la torre mas triste y mas aterrado, y paso á paso se encaminó á su alcázar.

Cuando dos horas después tornó con los suyos el alcáide Reduan Venegas encontró la torre abierta y desamparada.

Sus soldados llegaron tambien fatigados y cabizbajos: el astrólogo habia desaparecido.

XVII.

Al día siguiente de estos sucesos, á la hora de alajá (1), en un retirado aposento del alcázar de Dar-la-Horra estaban un hombre y una mujer, solos, retirados de todo contacto y ocupados en una operación terrible.

El aposento era reducido, triste, severo; sus desnudos y rojizos muros, petrificados y abrillantados por el tiempo, solo tenían dos puertas de ancho dintel, con hojas chapeadas de hierro, y sus estrechos y altos respiraderos estaban abiertos bajo una bóveda

(1) Ya entrada la noche.

de ladrillo agramilado, de forma estrellada y sostenida por agallones.

Una lámpara colgada del muro parecía ser inútil, y palidecía envuelta su luz en el vivo resplandor de la llama de un hornillo, sobre el cual herbia en una vasija de barro un brebaje verdinegro, de olor punzante y nauseabundo.

El hombre, que se ocupaba en soplar de vez en cuando el hornillo con un cañon de arcabuz inútil y mohoso, era harto viejo; tal vez el estudio había profundizado mas que la edad, la arrugas de su semblante pálido y demacrado, y la ciencia había dado á sus ojos hundidos una espresion fija y severa.

Este hombre vestía el traje de los médicos judíos, y parecía indiferente á todo, abstraído en la confeccion de la pócima que herbia en la vasija.

La mujer, envuelta en un manto de color oscuro, descubierta la cabeza, mal prendidas las largas y anchas trenzas de sus negros cabellos, paseaba lentamente á lo largo del aposento, de una manera circular, como la pantera encerrada en una jaula.

Esta mujer era la sultana Aixa.

Su severa frente estaba cubierta por una nube sombría, sus dientes mordian su labio inferior como al impulso de un recóndito y fijo pensamiento, y sus ojos brillaban con una espresion implacable, fijos frecuentemente en la vasija del hornillo.

Un humo denso y un ambiente cálido inundaban el aposento, en el cual no se percibía otro ruido que el de los pasos de la sultana; y el chisporrotear del carbon cada vez que el viejo soplabá el hornillo con el cañon del arcabuz.

Zoraya se volvió y se puso en pié.

De tiempo en tiempo, este hombre tomaba algunas hojas de yerbas de forma estraña y desconocida, y las arrojaba en la vasija, añadiendo á el brebaje algunas gotas de un licor sin color y trasparente como el agua, que guardaba en una ampolla de vidrio, materia entonces rarísima, de gran precio y relegada únicamente á los laboratorios de los sabios y de los alquimistas.

Y corria el tiempo, la sultana callaba, el viejo solaba y la vasija herbía; pasaron una, dos, y tres horas.

—Sabio Jetzaam, dijo la sultana deteniéndose junto al hebreo, ¿tarda aun mucho el filtro?

—Poderosa señora, contestó el viejo, la naturaleza es inmutable en su paso, y no le apresura ni le detendrá sino impulsada ó contenida por la mano de Dios.

Pero ve aquí, sultana, que ha llegado el momento; mi licor se enrojece como el rubí, y se condensa como el ámbar, dijo el viejo, apartando la vasija del hornillo; esta cantidad, añadió, mirando su obra con un placer siniestro, bastaria para dar muerte á todo un pueblo si se arrojase en las corrientes de sus aguas.

Despues, con unas pinzas, de entre el negro escremento de la vasija, carbonizado por el fuego, sacó un pequeño glóbulo rojo y trasparente, y le arrojó en la ampolla de vidrio.

El líquido que esta contenia se enturbió con un color impuro, hirvió y produjo un vapor pesado; lentamente fué purificándose el agua, y quedó al fin clarísima, diáfana, sobre un sedimento azulado.

Jetzaan la trasladó á otra ampolla, y asi purificada, la entregó á Aixa.

—La ciencia ha operado para tí, sultana, que tu mano premie el afán de la ciencia.

—¿Y dices que este licor mata?

—Como la espada del ángel de la muerte; pronto, tarde, como quieras; una sola gota mezclada á un cántaro de agua, le dará tal virtud que otra gota de aquella agua vertida en un búcaro será bastante para que quien la beba muera dentro del término de dos lunas, de cinco, de nueve á lo mas.....

—¿Y me respondes...?

—Con mi cabeza, contestó el judío.

—¿Y podré yo beber tambien este filtro sin esponerme, mediante á la pócima que me has indicado.

—Si, poderosa señora, contestó el judío sacando un pomo de oro de su hopalanda, pero el licor que aqui se encierra es mucho mas precioso que ese otro, cuanto es preferible la vida á la muerte.

—¿Por quién me tienes, esclavo? dijo la sultana arrojando á los piés del judío un pesado bolson de cuero que produjo un sonido metálico y sonoro sobre el pavimento. Tóma y dáme.

El judío entregó el pomo á la sultana, recogió el bolson, abrióle y llenó su mano de monedas de oro.

—¡Doblas juzefinas! exclamó con una repugnante alegría espresion de la sordidez mas refinada.

—Véte, le dijo la sultana.

Jetzaam se inclinó, besó la orla de su túnica, y luego se encaminó á una de las puertas.

Un pensamiento de desconfianza cruzó por la mente de Aixa.

—Espera, hebreo, repuso Jetzaam se detuvo.

—Quiero saber si me puedo fiar de tí, bebe. Y le presentó el pomo de oro y la ampolla de vidrio.

El judío sin vacilar tomó el primero, humedeció su boca con el licor que contenía, y luego tragó algunas gotas del que guardaba la ampolla de vidrio.

—Y bien, dijo la sultana recelosa aun, ¿quién me asegura que lo que hay en esa redoma es otra cosa que agua.

—Píde á Jehovah, contestó el judío, que te preserve de ella, cuando se halla estinguído el licor protector que encierra este pomo. Y bien: estoy dispuesto á mostrarte su poder, que traigan un ave ó un animal cuadrúpedo.

Aixa se dirigió á la puerta frontera á aquella á la que se habia encaminado el alquimista, y llamó con la empuñadura de su puñal.

Poco despues una jóven negra, su esclava favorita, apareció en la puerta.

—Mi halcon de Africa, la dijo.

Un momento despues tornó la esclava con un hermoso pájaro de cetrería, que espeluznó alegre su plumaje al ver á la sultana y voló á su hombro.

La esclava se retiró á una seña de Aixa, que asió al halcon por las alas.

—Veamos, dijo.

Jetzaam se apoderó de la cabeza del ave, despojóla de la caperuza, abrió su corvo pico, y á pesar de su resistencia, la hizo tragar una sola gota del licor encerrado en la ampolla.

El halcon se estremeció, agitóse en una convulsion terrible, lanzó dos agudos chillidos, dobló la cabeza y espiró arrojando por el pico un hilo de negra sangre.

La sultana lanzó lejos de sí el halcon, tomó de manos del judio la ampolla y el pomo, ocultólas bajo su manto, y señaló á Jetzaam la puerta á que antes se habia encaminado; á un mismo tiempo, por distintas direcciones, salieron del aposento el judio y la sultana.

Aixa subió á su retrete, encerróse en él, tomó un jarron de plata lleno de agua y vertió en él una sola gota del licor de la ampolla.

Luego llamó á su esclava.
—Cuando yo te pida agua llévame ese jarro, pero guárdate de tocarle con tus labios.

Despues de esto tomó una lámpara, abrió otra puerta, salió á una galeria, atravesó un patio, subió una espiral, y sacando una llave de entre sus ropas la introdujo en la cerradura de una puerta; pero antes de abrir apuró la mitad del contenido del pomo de oro.

Luego empujó la puerta y entró.

La esclava negra quedó esperando fuera, junto al arranque de la espiral.

Quando Aixa entró en aquel aposento la luz de su lámpara alumbró un recinto oscuro, ennegrecido, sin otro respiradero que una saetera por donde penetra-
ba mas aire que luz, aun en las horas del día en que el sol alumbraba con mas fuerza.

En un retirado ángulo de aquel calabozo habia una mujer vestida de negro á la castellana, durmiendo sobre los almohadones de un divan.

Aixa acercó la luz á su semblante y la contempló con odio: era la sultana Zoraya.

Sobre su frente pálida corrían gruesas gotas de sudor, de sus ojos una sola y continua lágrima resbalaba á lo largo de sus mejillas hasta mojar el almohadon donde reclinaba su cabeza.

Todo su ser se estremecía como bajo la influencia de un terrible ensueño, y su boca estaba entreabierta por el dolor.

A su lado, sobre la alfombra, habia una escudilla sin manjares y un jarro de plata vacío.

La espresion de Aixa ante Zoraya, en quien creia representados todos sus sufrimientos de mujer, de madre y de esposa era terrible; todo su odio guardado y comprimido en su corazon durante veinte y seis años, surgia de su mirada cruel, inmensa, que abarcaba á su víctima, y absorvia la espresion del dolor retratado en su semblante, como absorbe un hierro candente una gota de agua.

Momentos hubo en que, arrastrada por el furor, sus ojos se tiñeron de sangre, y su mano buscó temblorosa el pomo de su puñal.

Pero como el genio protector de Zoraya, una forma pura y blanquísima, pasaba por la imaginacion de Aixa, y este genio protector era Schamsul-llemal, la hija de su amor, que habia llorado tantos años, que habia visto al fin entré sus brazos, y cuyos besos quemaban aun sus labios.

—Es necesario que esta mujer muera, murmuró roncamente, pero que muera como si la hiriese la mano de Dios; si, es necesario que muera, pero entre los suyos, libre y perdonada por mí en la apa-

riencia; ¡oh! si yo nó la devolviera á esos feroces infantes, mi hija tal vez, la hija de mi amor, caería como cayó el anciano sacerdote, como cayó Abou'l-Hassan.

Aixa inclinó la frente entre sus manos, dominada por sombríos y tristísimos recuerdos.

—¡Oh! es necesario acabar; dijo, acabemos de una vez.

Y posó su mano sobre el hombro de Zoraya, y la movió suavemente.

Zoraya abrió los ojos, tornólos á cerrar, heridos por la luz, y se puso en pié de un salto obedeciendo á un terror involuntario.

Aixa, de pié ante ella, bañado su semblante por la luz de la lámpara, parecía una sombra vengadora evocada de las tumbas en aquel aposento medroso perdido en la sombra, y en cuyos oscuros ángulos se oía el paso silencioso de los reptiles.

—¿Qué buscas aquí, sultana? dijo Zoraya reparando en Aixa, ¿qué quiere la esposa *honest*a de la *manceba* de su esposo?

Estas solas palabras de la mujer prisionera á la que tenía en sus manos su destino, pronunciadas con un profundo sarcasmo, revelaban por sí solas toda la saña que existía entre aquellas dos mujeres.

—Vengo á abrirte las puertas de tu prision, contestó Aixa, voy á devolverte á tus hijos; pero antes quiero que sepas todo el valor de mi sacrificio.

Aixa dejó la lámpara sobre el pavimento y asentó en el divan. Zoraya vuelta de espaldas á ella ocultaba el rostro entre sus manos.

—Llora, si, llora, lá dijo la sultana; llora, mien-

tras yo tengo los párpados enjutos. Y sin embargo, Zoraya; mucho he sufrido desde que viniste de tu castillo de Martos al alcázar de la Alhambra. Y siempre mi corazón ha devorado sus ultrajes, los ha atesorado; y ha pensado en su venganza.

Zoraya callaba; su silencio irritaba á Aixa.

—Calla, si, la dijo; porque nada podrian decir tus labios que disculpen tu pasado; ¿no te bastaba el haberme lanzado del lecho del rey; en lo que por cierto ganaba la mujer, todo lo que perdía la sultana? ¿no te bastaba haberme robado mi hija? sí, mi hija, Zoraya, la hija del adulterio á que me arrastró mi abandono; ¿no bastaba haber atentado á la vida de mi hijo para dejar abierto para los tuyos el camino del trono? ¿no bastaba haber encendido la guerra civil en Granada; haberla destrozado en bandos, haber traído á los cristianos hasta nuestras puertas? no; era necesario añadir la infamia á la traicion; era necesario deshonorar una madre á los ojos de su hijo; era preciso que ese hijo la dijese presentándola terribles pruebas, cuando ella le escitaba á defender su trono y su terreno: «Calla, sultana, porque si yo soy cobarde tu eres adúltera; porque si puedes pedirme cuentas del reino de mis abuelos, yo, tu rey y tu señor, puedo pedirte las á mi vez del honor de mi padre.» ¡Oh! haces bien callar, porque ante mí debes tener el corazón aterrorado y la vista fija en el suelo.

—Basta ya, la dijo; si yo te odio tu me odias; si durante la vida del rey no pudiste saciar en mí tu venganza, fué por que el amor del rey me protegía. Y al cabo cayó, Aixa; al cabo el noble anciano murió, como moriré yo, por yerbas preparadas por tu mano.

—Y sin embargo, Zoraya, exclamó la sultana, observo que aun respiras á pesar de que ese jarro está vacío y esa escudilla sin manjares.

Zoraya tomó la luz, asió de la túnica á Aixa, y la mostró un ángulo de la prision donde estaban arrojados manjares y pan.

—Mira, la dijo: hace nueve dias que estoy encerrada en esta torre, y durante ellos no he tomado mas alimento que algunos huevos crudos que he debido á la compasion de un esclavo; he vertido mi agua, temerosa de que me aquejase la sed, haciéndome arrosstrar un tósigo, y he devorado la sed; mis fauces están secas, la fiebre quema mi frente y la sangre golpea mis sienas, como con mazas de hierro; ¡oh! ¿y quienes que á pesar mio mis ojos no viertan lágrimas? ¿quieres que como tú, á quien sin duda asiste Satanás, devore en silencio mis sufrimientos, los absorva en mi corazon y aiente mi venganza? ¡Oh! yo no puedo, estoy cansada de luchar, y esta lucha me mata, se generosa enemiga al menos y acabemos de una vez!

—Si; es preciso acabar, dijo, sombrilmente Aixa, es necesario que salgas de aqui, que busques á tus hijos, que tengas una muestra de mi generosidad.

Zoraya contempló recelosa á la sultana; la frente de esta estaba tersa, sus ojos ocultaban el odio que ardia en su alma, y sus palabras si bien severas nada tenían de amenazadoras. Zoraya alentó una esperanza.

—Y bien, la dijo, si ha llegado para entrambas la hora de las desgracias, si los cristianos ocupan al fin el objeto de nuestra mútua ambicion; ¿por qué no perdonamos nuestros comunes ultrajes y acabamos

por ser hermanas tras de tantos años de haber sido enemigas?

Aixa devoró en su corazón un rugido que el furor arrancaba de su alma; Zoraya, como ella, mentía, y colocada en una mala posición solo pretendía ganar terreno sorprendiendo á su enemigo.

La sultana lo comprendió, pero tenía sed de venganza, y fingió adaptarse á los deseos de Zoraya.

—Pues bien, la dijo, seamos amigas; hermanas; olvidémoslo todo; y en muestra de ello comamos juntas el pan y la sal.

Zoraya se estremeció, la idea del tósigo pasó por su mente como un fantasma sombrío.

—¡Aakil! gritó la sultana. La esclava se presentó á la puerta.

—¡Manjares! la dijo lacónicamente Aixa.

La esclava desapareció.

Las dos enemigas quedaron solas.

Las dos fingían, pero no se engañaban.

—¿Qué habeis hecho de mi hija? dijo la sultana á Zoraya; hace dos dias que ha desaparecido del alcázar de Muza de la Azubia, y se ha encontrado su retrete en el mayor desórden, y en él este puñal que pertenece al infante Sidy Alhamar tu hijo.

—¡Oh! si está en su poder, sultana, nadie osará tocar á uno solo de sus cabellos. ¿No hemos olvidado lo pasado? ¿Acaso no querrás que en el porvenir se una tu raza á mi raza por el enlace de nuestros hijos?

Acaso era la primer vez que Zoraya hablaba con el corazón; conocía el insensato amor de Sidy Yahye á Schansul-Ilemal, y ambiciosa siempre, creía que uniendo sus ambiciones á las de Aixa, sus parciales á

los de ella, lograría contrarrestar el terrible destino que pesaba sobre Granada; y ya independientes, ya tributarios de los reyes de castilla, colocar sus hijos en el trono.

Aixa leía como en un libro abierto en el corazón de Zoraya; pero continuó dominando aun su odio.

—Si, es verdad, la dijo, si se aman ¿por qué no unirlos? ¡Oh! ¡y qué felices seríamos entonces! añadió con sarcasmo.

El acento de la sultana helaba de espanto á Zoraya, y sin embargo, pretendia en vano sondéar el abismo de su pensamiento.

Aakil entró con viandas y con un jarro de plata que puso sobre un paño de lino á los pies del diyan.

Zoraya fijó una mirada avarienta en los manjares y en el agua; Aixa, para destruir su prevencion, comió y la ofreció de lo mismo que habia comido.

Entonces Zoraya devoró mas bien que comió: el hambre, el mas cruel de los sufrimientos, la aquejaba, y creyéndose segura; ruborizada por sus debilidad, regó con sus lágrimas aquel pan que podia llamarse de esclavitud.

Quizá por la primera vez de su vida Aixa sintió un impulso de compasion; pero instantáneamente, apareció entre sus recientes recuerdos su hijo mostrándole el retrato y las cartas de don Diego de Córdoba; escuchó su voz que le pedia cuentas del honor de su padre, y tornó todo su odio, terrible, implacable contra aquella mujer.

Zoraya habia satisfecho un tanto su hambre, sentia sed, y miraba ansiosa el jarro de plata lleno de agua clarísima al que no habian tocado aun los labios de Aixa.

le Llegaba el momento supremo: —

La sultana tendió su mano al jarro, le llevó á sus labios y bebió; luego le ofreció á Zoraya.

La desdichada asió del y con el ansia de los sedientos le apuró.

Todo estaba concluido; y Aixa no pudo contener un grito de alegría: —

Zoraya dejó caer el jarro y miró con espanto á Aixa.

—¡Oh! si, dijo esta, estoy satisfecha, y todo te lo perdono, ¿acaso no hemos comido juntas el pán y la sal? Seamos hermanas cuanto hemos sido enemigas, y nuestros hijos perpetuarán nuestra raza.

La alegría de la venganza habia tornado radiante el semblante de Aixa, y Zoraya, que si habia cometido contra ella terribles crímenes por su ambicion y quizás por el amor de sus hijos, se conmovio, y despertando en su alma lo que tenia de bueno, se arrojó á los piés de Aixa llorando.

—¡Oh! sultana, perdóname, y yo correré á arrojarme á los piés de tu hijo; yo le diré que eres inocente, que ese retrato y esas cartas son prendas falsas. ¡Oh! y yo le convenceré aunque sea á costa de mi honra.

—¿Y como podrás borrar, miserable, la contestó Aixa, la semejanza con mi semblante que el dedo de Dios ha puesto sobre Schamsul-Ilemal?

Era tan terrible el acento de Aixa que Zoraya se aterró.

—Es necesario que salgas de aqui, y voy á disponer tu partida. ¡Hola! ¡Shaab!

Un esclavo se presentó á la puerta.

—Conduce esta mujer, le dijo, en una litera al campo cristiano. Vete, Zoraya, di á tus hijos como paga sus odios la sultana Aixa.

Zoraya, abismada en un dédalo de dudas, salió siguiendo al esclavo.

Aixa miró el jarro de plata.

—¡Vacío! exclamó con feroz alegría. ¡Vé en buena hora! ¡me haces perder un reino! pero ¡ay de ti! ¡no gozarás mucho tiempo el fruto de tu traicion!

Después de esto salió de la torre del Gallo de Viento donde se encontraba, llegó á su retrete, arrojóse en el divan, y por primera vez tras largas noches de velada durmió con el sueño de la venganza satisfecha.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



dentado al almorzador, mientras el conde
de obediencia al almorzador que le había
de la puerta sobre el almorzador.

—¡Es necesario que salgamos de aquí, y
por la puerta! ¡Hacia la puerta!
La esclava se presentó á la puerta.

XVIII.

—¡Corre, corre, corcel mio! gritaba Gaston á su caballo, llevando entre sus brazos á Schamsul-Ilemal la noche de aquel día terrible en que las háces del Islam habian sido destrozadas en la vega; ¡corre! ¡leva á la vírgen de mis amores á alumbrar con su hermosurá los ojos de mis reyes!

Y el corcel volaba, que no corría, atravesando los campos, salvando los arroyos, saltando quizás sobre montones de cadáveres.

Eran las primeras horas de la noche; algunas veces se rompía la sombra de las oscuras nubes y un medroso rayo de la luna venia á reflejar en el semblante de Schamsul-Ilemal, y tornaba á ocultarse cual